

JOSÉ BALZA

TIERRA DE ELLAS

(Ejercicio narrativo)

*...no llevéis tampoco espejo: su rostro es
siempre bello.*

Calímaco, *Al baño de Palas*

Me dijo la mujer:

- El hermoso Juan Benito tiene 50 años más que yo. Por eso lo amo. Parece un busto de... Líneas muy marcadas en la frente y las mejillas, el pelo blanco abundante y algo de panza; pero, por lo demás, mantiene la espalda inmensa y el pecho acogedor que debió ser refugio de tantos amores... Sí, le faltan algunos dientes, hoy sustituidos por piezas artificiales; cuida su aliento y habla con voz grave, profunda.

Me dijo Juan Benito:

- Ella viene a ser la más joven de todas; llega apenas a los treinta y conserva esos últimos rasgos de inocencia que las mujeres reservan, sin saberlo, para hombres como yo. Y que tal vez nunca les sean revelados.

No me refiero tanto a esas cosas de la vida práctica o útil, que consume la energía de ellas: casa, hijo, propiedades, rivalidad social. Hablo, en primer lugar, de experiencias mentales, de afrontar situaciones que el corazón no delimita con claridad, de esas zonas que ningún ser humano puede intuir en los otros hasta que el tiempo, por azar, las atraiga.

Y hablo también de su cuerpo. Una mujer alcanza a vivir con su esposo o con amantes duraderos u ocasionales muchas cosas, pero estoy seguro de que todos la conducirán hacia lo previsible. Porque esos seres o tendrán la misma edad de ella o serán más jóvenes. Y el repertorio de caricias y posibilidades en cada hombre es muy limitado.

No todas tendrían la suerte y el riesgo de aceptar a un hombre viejo. Es este –y no estoy hablando solo de mí– quien, reducidos los encantadores y elementales poderes primarios del erotismo, debe acudir a su inspiración, su inventiva, a los otros dones de sus miembros y sentidos, para atraerla hacia oxígenos, oro y formas nunca presentidos. El cuerpo es una lección incesante, no se agota, y tampoco basta una vida para aprenderla por completo.

Me dijo la otra mujer:

- Juan Benito es lo que antes llamaban un anciano. Tengo apenas veinte años menos que él.

Me he divorciado porque un matrimonio de cuatro décadas cansa. Mi ex tiene muchachas. Al comienzo sufrí y me indigné. No sé qué habría sido de mí si no llego a conocer a Juan Benito. No vivimos juntos porque aún posee salud y sus hermanos y sobrinos lo atienden. La ciudad es dura de verdad; pero él tiene razón: nada mejor para preservar el amor como estar en lugares distintos.

Nos unen cosas de la vida diaria, las conversaciones, la tele, una que otra salida a la calle o a los parques. Me gusta conducir su auto, cuando lo permite. Lo más importante es saber que lo amo y él a mí, maravillosamente.

Me dijo Juan Benito:

- En otra época parecería un engaño o, en efecto, habría tenido que actuar como engañando.

Hoy no. La ciudad es un país entero. Ellas están en sus diversos lugares como en sus vidas distintas. Cada una ha tenido un periodo exclusivo conmigo, aunque a veces algunas hayan coincidido en mi afecto. Y sus edades varían, también se acercan jovencitas; pero predominan las que pasan de 60 años. Para ellas es el momento de estrenar una nueva belleza: la cúspide de lo que fue y la meseta donde aún brillantes las encontrará la muerte.

Ignoro qué las atrae o las atrajo hacia mí, porque algunas me han seguido desde hace mucho tiempo.

No soy un don Juan ni un aventurero. No exhibo ni presumo. Cada una aporta a mi vida memorias nuevas, pétalos inusitados, riqueza de lo sentido y lo abrupto. Y tampoco puedo explicarte por qué sucede ni a cuántos hombres les ocurre. ¿Tal vez hubo un mito erróneo sobre la vejez?

Solo sé que hacia los setenta advertí la situación: una antigua amiga, alguna compañera de trabajo, la viuda de uno de mis amigos detenían su mirada en mí. Nos frecuentábamos y había empatía de humor o comprensión. Con los días, los cuerpos parecían necesitarse.

Sí, estoy amando a mujeres mayores que me quieren. Esas que no temen tomar decisiones concluyentes y que, sin embargo, se orientan por una rara brújula hacia lo momentáneo y posible. Dueñas del azar y la certeza, porque la equivocación no les importa; porque saben de su irradiación hacia todo aquello de sus cuerpos que haya sido ignorado o postergado.

Que esto ocurre por la cercanía del final, dice usted. No, cada una de ellas reconoce una escala de síntesis; y esto no significa que necesite buscar acompañante. Aún en la soledad aceptada está espléndidamente consciente de sus excesos y contenciones.

Ah! Sus nombres son las sílabas del universo, mezcladas para recoger y reproducir la inagotable belleza. Sílabas que, en mi cabeza, corresponden a quienes otorgan su última plenitud.

La primera mujer me dijo:
- Juan Benito era entonces un muchacho.

Y dijo él:
- Permítame citar a un sabio: «Yo, de lindero en la tierra de nadie, me puse entre los dos»*.

(11-20 de mayo, 1999)

* Solón, *Yambos*.